

Historias de Aquí e de Acolá - Artesanos de As Pontes VII -

Durante largos años vivió en nuestra villa de As Pontes un personaje muy singular, de carácter bonachón, afable, emprendedor, y un enamorado de la mecánica. Me refiero a Fausto Timiraos Rey, más conocido en su primera época por Fausto del Bidueiro, en cuyo lugar del ayuntamiento de Mañón nació y vivió con su familia hasta su adolescencia. Sus padres regentaban una pequeña tienda de carretera donde servían vinos y comidas. Al mismo tiempo, cultivaban sus tierras y cuidaban sus ganados. Fausto era el menor de cinco hermanos, y por esto, tal vez, resultó el más aventurero. En los primeros años transportaba sobre una caballería varios bidones de leche. De vez en cuando, hacía un alto en el camino para tomarse un descanso y dejar volar su imaginación. Mientras, su caballo apacentaba en la orilla de la carretera. Luego emprendía su viaje, dejando atrás el monte Caxado, siguiendo su camino hacia As Pontes para entregar la preciada carga, que vendía, al contado, a la Casa Tojeiro, cuyo destino era la fábrica de quesos. Pasados unos años, repitiendo el mismo recorrido, decidió abandonar el domicilio familiar para establecerse en As Pontes. Pero esto no era indicativo de que su relación con su familia se hubiera deteriorado. Todo al contrario, si alguna vez era necesario echarles una mano en alguna faena especial, Fausto, con su mejor voluntad, siempre estaba dispuesto a prestar su ayuda. Una vez finalizada la tarea, retornaba a nuestra villa, y continuaba atendiendo a su pequeña taberna, que estaba situada enfrente a la antigua feria de ganados.

Una vez que logró poner a flote su economía, quiso cumplir con la ilusión de su vida: adquirir una furgoneta usada, aunque fuese compuesta de piezas de distinto origen. No importaba la marca. Y de este modo dedicarse al transporte de mercancías. Como el vehículo constaba de accesorios de segunda o tercera mano, muy usados, era muy corriente que Fausto del Bidueiro, se viese en la necesidad de recambiar alguna pieza por otra menos usada, sin importarle el origen de la marca. Por eso, era muy frecuente observar a Fausto efectuar estas reparaciones, que siempre las realizaba al aire libre. Cuando la avería era de más envergadura, acudía al taller de su

amigo Andrés Silva, que nunca lo defraudó, dándole prioridad a la reparación del vehículo de Fausto Timiraos.

Su coche tenía una estrecha cabina, para el conductor y acompañante. Al vehículo le había adaptado una caja con unos tableros que le facilitaban el transporte de las variadas mercancías, que sus convecinos le encomendaban. Fausto jamás rehusó ningún servicio. Transportaba leña, estiércol, madera, piedra, arena, tierra, ladrillos, efectuaba pequeñas mudanzas, y todo lo que le era factible transportar. Yo recuerdo que en una tarde calurosa del mes de agosto, un convecino había trillado una gran cantidad de cereal y se vio en la necesidad de contratar con Fausto el transporte de aquella enorme cantidad de paja. En principio, se iban a hacer dos viajes, pero Fausto del Bidueiro se empeñó en hacerlo de una sola vez. Cuando tenía a medio cargar la furgoneta, parecía que no había forma de estivar la otra mitad. Pero el transportista no se arredró, y requirió de un vecino unos tableros con los que logró aumentar la superficie de carga, sobresaliendo por encima de la estrecha cabina. Al remate de la faena, se hizo un hueco entre la movediza paja, y se acomodó en su puesto de conductor. Luego, con la colaboración de un voluntario que le dio unas vueltas a la manivela, encendió el motor y arrancó suavemente, como midiendo las posibilidades de su renqueante vehículo. Desde su puesto de mando, veía con dificultad la ruta que tenía que seguir, y daba la sensación que conducía a ciegas, adivinando por donde discurría la senda para llegar a su destino. ¡Y el viaje se realizó felizmente! Fausto se sintió muy orgulloso de haber batido su propio récord en el transporte de paja...

Pero no siempre su máquina podía cumplir con la demanda de sus numerosos clientes. A veces fallaba algún elemento de su coche, de marca desconocida. Y Fausto, que era un enamorado de la mecánica, allí donde su coche sufría una avería, allí mismo lo reparaba. Porque hay que puntualizar que su vehículo jamás pernoctó en garaje alguno.

Dormía siempre en la calle. En alguna ocasión, la avería era más de cuidado que de costumbre. Una vez desarmada la pieza, allí permanecía toda una noche, al borde de la acera, hasta el día siguiente. La juventud de aquellos tiempos era muy responsable y nunca le hizo una travesura a Fausto del Bidueiro. Tal vez el aceite y grasa acumulados alrededor de piezas, chapas y herramientas, hacían desistir de acercarse al improvisado taller a algún tunante. Si en alguna ocasión, tenía necesidad de una reparación muy complicada, entonces, acudía al taller de su amigo Andrés Silva en quien tenía depositada toda su confianza. En una de estas reparaciones, una vez efectuadas, el buen amigo Andrés Silva quiso darle una sorpresa a su admirado cliente. En un desguace había localizado una visera en bastante buen estado que venía de medida al auto en reparación. Así que, la ensambló en el lugar apropiado y como estaba esmaltada en blanco, tuvo la destreza de grabarle con pintura roja y letras de molde una inscripción muy expresiva: "O MÁRTIR DO CAXADO". Cuando Fausto llegó al taller para recoger su auto, se quedó tan gratamente sorprendido que en unos minutos no fue capaz de pronunciar palabra alguna. Con la nueva visera que adornaba el frontal de su máquina quedó muy conforme, pero con el letrero pintado en rojo vivo se sintió tan emocionado que no acertaba a darle las gracias a su competente mecánico. Desde entonces, todos los vecinos del pueblo lo llamaron por este sobrenombre. ¡Y siempre le estuvo muy agradecido a Andrés Silva por aquella genial ocurrencia...!

Fausto Timiraos, O Mártir do Caxado, siguió con su actividad de tabernero. Con su experiencia en el negocio de sus padres, triunfó plenamente en su tienda. Allí servía tapas y comidas y vendía vinos de buena calidad a su fiel clientela, con toda su simpatía, haciendo gala de su buen trato y su mejor sentido del humor. Un día a eso de la medianoche, a punto de cerrar su establecimiento, acudieron a la taberna dos hijos de la noche, que habían estado bebiendo vinos en otras tascas. A uno de ellos,

nada más entrar, le comenzó un dolor de estómago, con una acidez exagerada. Entonces, su compañero, muy solícito, se acercó a la bodega donde el Mártir trataba de ordenar las revueltas mercancías. El intruso le pidió, por favor, que le facilitara un poco de bicarbonato para su doliente compañero. Pero, encontrar aquel fármaco entre tanto desorden como allí había, era como buscar una aguja en un pajar. El Mártir, entonces, en un alarde de improvisación decidió salir del apuro, sustituyendo el bicarbonato por un puñado de pienso para las gallinas. Así que, con toda naturalidad, llenó la mano del solicitante con aquel producto sustitutivo del medicamento, advirtiéndole, muy cariñosamente, que si no era suficiente con aquel puñado de harina, podía regresar a la bodega con toda confianza y servirse a discreción. El buen compañero regresó a la taberna, ofreciéndole el preciado fármaco al indispuesto colega. Éste requirió un vaso lleno de agua y a continuación se metió en la boca un buen puñado de aquel maravilloso producto. Fue tal el atracán que se llevó que poco le faltó para sucumbir con la pegajosa mezcla, atrancada en su garganta, pero unos certeros y enérgicos golpes en la espalda, propinados por su fiel acompañante, desatascaron milagrosamente el gajate del doliente, y, tal vez, por casualidad, se vio liberado, de pronto, de la desmedida acidez de su delicado estómago...

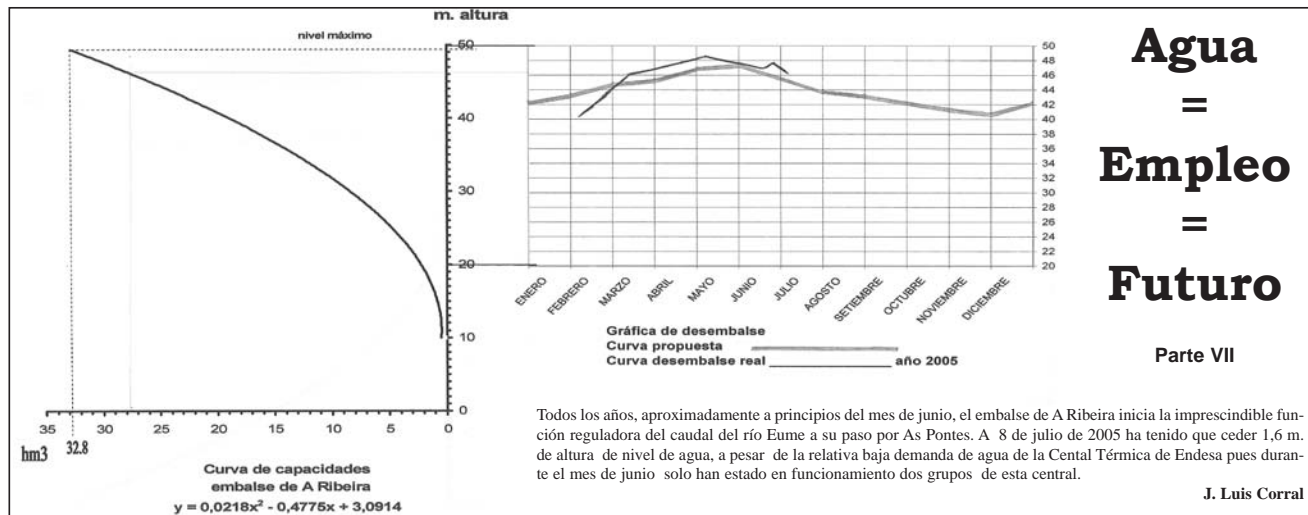
Por la década de los años sesenta, a Fausto Timiraos se le ocurrió una idea muy original: Montar un tendere en la Fraga de Doña Rita, muy cerca del río. El entorno era precioso, único. Unas frescas sombras de aquel tupido bosque, el aire limpio que se respiraba, y el murmullo, casi siempre imperceptible, del discurrir de las cristalinas aguas del cercano cauce, propiciaban un ambiente embriagador; solo interrumpido, de vez en cuando, por el bello canto de la oropéndola, el ruiseñor, y los trinos armoniosos de los jilgueros, que anidaban en las copas de aquellos centenarios robles, y que, todavía hoy, mantienen el bello conjunto de la sorprendente Fraga de Doña Rita. La tienda improvisada sólo funcionaba

los sábados y los domingos de los meses estivales, allí acudían los jóvenes ponteses a disfrutar de la tranquilidad del bosque, y del original bar, atendido por el Mártir, con sus variadas mercancías de su peculiar puesto de bebidas, y que, al mismo tiempo ofrecía a sus clientes toda una gama de productos como el tabaco, bolígrafos, cerillas, farías, tapas variadas, libritos de papel de fumar, un aromático café de "tizón", chicles, refrescos, chocolatinas, y un sinfín de artículos, que vendía por un precio unificado: CINCO PESETAS. Lo mismo costaba una copa de whisky que una caja de fósforos. Fausto Timiraos, el Mártir del Caxado, fue un auténtico precursor de los establecimientos que, hoy en día, abundan en todos los pueblos y ciudades del país, denominados: "TODO A CIEN"...

Pero los años no perdonan, y Fausto también se fue acercando a la vejez. Primeramente, se deshizo de su vehículo "todo terreno" con el que tantos kilómetros recorrió por las carreteras, veredas y "corredoiras" de nuestro entorno, sin haber sufrido accidente alguno, exceptuando las inevitables averías y reparaciones anteriormente comentadas en su prodigiosa máquina, compuesta de elementos distintos en todo su conjunto. Eso sí, siempre conservó la visera de su camioneta con el mismo rótulo: "O MÁRTIR DO CAXADO" ensamblado y pintado a mano en el taller del inolvidable Andrés Silva, que, con su gran sentido del humor, logró que Fausto se sintiera feliz con aquella singular iniciativa.

Faustino Timiraos falleció en As Pontes de muerte natural, dejando un hueco en el transporte de las más variadas mercancías, y que nadie logró reemplazar. Su ausencia dejó profunda huella con el cierre de su típica taberna y su novedoso "chiringuito" de verano, al aire libre, con sus precios únicos, y que nadie logró superar haz este nuestros días. Descanse en paz este honrado comerciante, transportista ejemplar, hombre emprendedor y excelente persona, que con su gran sentido del humor y su buen hacer, marcó toda una época en la Historia de nuestra villa de As Pontes.

Chucho Penabad.



**Agua
=
Empleo
=
Futuro**

Parte VII